

LA TRIBUNA

DIARIO DE LA MAÑANA.
SAN JOSÉ, COSTA RICA



Una Claridad Reposada y Benigna

por José Valle

SIEMPRE quise escribir algo sobre ella, pero me detenía la incertidumbre: una incertidumbre de no poder encontrarla, de no simular toda la fragancia de su vida, y de no repetir el poema silencioso de su ritmo interior.

Era quizás un poco de vergüenza de mí mismo y de mi literatura; yo había escrito sobre las calles, sobre las mujeres y hasta sobre los teatros; en aquel contacto material no podía llegar hasta ella, y era absurdo escribir sobre su candidez divina con las manos, aún, ciliadas por la vulgaridad.

Y esta vergüenza me detuvo muchas veces ante el agua de su corazón, había que ser tan sencillo, tan rústico, tan cándido para llegar a ella...

El romanticismo, norma y ley de mi vida, resultaba grosero en esta intención de purificación: el concepto más nuevo y más virginal del arte era un juicio absurdamente vulgar para llegar a ella; la elasticidad de opinión y de alma, la elegancia de espíritu, el desconocimiento de pasioncillas, eran cosas íntimas, naturales y corrientes para entrar al templo de esa gran bondad y de ese supremo bien que yo presentaba en ella.

Y el poema casto del Rabi oriental, las canciones murmuradas por la madre atenta y la risa de los niños a su alrededor, no me daban la sensación completa que yo necesitaba para escribir algo sobre ella.

Muchas veces me quedé pensativo ante su mirada infinita; pero el dolor de es-

cribir me detenía ante el sacrilegio de pensar en ella. Era un pecado incalificable detenerme ante sus ojos absortos, en donde la vida, la eterna vida, cantaba muy quedo las letanías de la luz...

Y en cada detalle de su rostro y de su alma inmensa, que todo lo callaba, quizás por conocerlo todo, yo hubiera penetrado libre de libros y de ideas, desnudo de cerebro, lozano y ferviente como ella misma...

Es la protagonista de un cuento que todavía no puede escribirse, es una princesa inaspechada que dominó un reino que ninguno ve; es un arcángel rebelde y bello, como los primeros arcángeles, es un diablillo picaresco o una princesa de Fragonard...

Todas las frases debían acharrarse, hacerse limpias y transparentes para definir lo que yo busco en vano...

Y lo más curioso es que nada tan generalizado como este milagro, nada tan al alcance de todas las manos, nada tan trivial, tan humano y tan simple.

Esta simplicidad divina, para un poeta místico, o para un huerto en el atardecer, o para no escribirse nunca...

En esto vine a parar cuando el sol doraba los cabellos ensortijados a través de la mística vidriera en las penumbras del templo.

Entonces yo vi cómo la luz, su única hermana, iba entrando en el fondo de su gran claridad: una claridad dulce, reposada y benigna...



Un Salto Mortal

por ERNESTO MARIO BARREDA

MONTALVO bostezó Egeramente sentado en un sofá, después de hacer los periódicos de Buenos Aires. Era en el patio de la estancia. Bajo el gran pariral, cubierto de hojas verdes y sacros puntas. En una silla de mimbre, enfrente de él, don Rudecindo, las gafas cabalgando sobre su curva nariz, leía su correspondencia recién llegada.

¡Qué opio!, pensó Montalvo, arrojando una mirada alrededor. Estaba habito de sensaciones saludables.

Leche abundante, gorda; una carne que despertaba el apetito con sólo mirarla; paseos a caballo, por la llanura y el monte, y todavía, como un regalo de la naturaleza, baños en el mar, cuyo campo de turquesa, arando por los vientos, aparecía de golpe, una legua hacia el este, en cuanto uno se acomodaba sobre la empinada lacerancia tallada a pique.

Y, sin embargo, Diego Montalvo se desesperaba aburrido y gemía: "¡Qué opio!" Es que el hombre hasta se enfermaba de salud. "Porque—discúrselo—la salud debe servirnos para algo..." Pero si uno, ya con salud, sólo puede seguir fabricando salud, concóchese por enfermarse..."

Eso lo pensaba en buena, pero era verdad.

Su ojeda alrededor, no lizo, al parecer, sino conformarse en su pesimismo. Sentada en el brul del viejo poco cagado, de cuarto perfil, Lucrecia conversaba con la esposa de don Rudecindo. La viejecita tenía en las manos, dentro de un cucuruchu, un pufado de semilla que pensaba sembrar. Lucrecia hablaba en ese momento, Montalvo percibía el movimiento de su rostro. Hasta la veía sonreír, con su expresión fría de siempre.

Un gesto de contrariedad le nubló la fisonomía. Había puesto en juego todos sus recursos, agotándose por aquel es-

tínolo del aire seco y la vida fuerte. ¡Y nada! Una muchacha barba, de grandes ojos negros y rostro pálido. Jamás le dirigía la palabra. Y cuando él le hablaba, sus pupilas tenían la vaguedad errante de los ciegos o la opacidad vacía de las estatuas. Era como para desesperar. Un día, al cerrar una puerta, Montalvo le apremió la mano junto con el pañuete. El mismo la soltó, antes de que ella protestase.

¡Una mano de hielo! Y, sin embargo, aquella cabeza de horripila cabellera negra, enortijada; aquella boca de labios finos, pero purpúreos hasta el maridón; aquel cuerpo de angulas cadenas, cintura cimbrante, seno firme; aquellos brazos, que exhibía desnudos hasta los hombros; aquellas piernas, que llevaba descubiertas hasta las rodillas, no estaban hechos, no, para el claustro. Pero...

Lucrecia en aquel momento se volvió hacia él, y con su voz de siempre le preguntó:

—¿En qué piensa, Montalvo?

—En nada.

—No, no... Usted pensaba en algo...

—¡Qué extraño!...—murmuró él—

Es esta la primera vez que me habla."

Se levantó, y animado por aquel soltoma, la invitó a pasear.

—No sé... ¡Bueno!—se decidió por fin.

Dejándose cazar, con gesto percoso, del brul, echó a andar a su lado sin mirarlo.

Transcurrió el pequeño prado, que se extendía delante de la casa. Pasaron por delante del "garage", donde "Rigo" estaba en ese momento inflando una goma. El enano ghibo les dirigió una mirada torbia al divisarlos. Era de pelo rojo, fapero como una cerda, lleno de pecas.

Su deformación dorsal le hacía parecer más pequeño. La realidad era un hombre bajito que parecía enano. Pero fuerte y ágil como un orangután.

—¿Adónde va, niña?—preguntó al pasar, con tanta confianza como imperinencia.

Montalvo estuvo por contestarle: "¿A usted qué le importa?" Pero Lucrecia le asombró respondiendo al monstruo con voz sumisa y afectuosa:

—Vamos hasta la Clorietta, "Rigo"... ¿Por qué no sales a buscarnos dentro de un rato con el "auto"?

Dijo que sí con la cabeza, sin dignarse responder. Les volvió la espalda, y comenzó inflando la goma. Parecía muy disgustado desde que Montalvo estaba allí. Más de una vez lo aligruó con sus ojillos, a través de las cejas enmarañadas.

Era el chofer de la estancia. Y en realidad, su apodofo fué en un principio "Rigolette", pero se enojaba tanto cuando se le decían, que había cambiado por llamarle "Rigo".

La única persona que lo dominaba era Lucrecia. La sacaba a pasear en el coche, estaba siempre dispuesto a obedecerla. Ella, con su carácter extraño, solía tener con el ghibo largas conversaciones, mientras él limpiaba y bruñía el automóvil. Muchas veces, su día se lo había reprochado:

—¡Eso no es propio de una niña, Lucrecia!...

Siguieron, Montalvo y ella, hasta llegar al lindel del prado. De allí a la tranquera habría unos cincuenta metros. Cambiaban pocas palabras, disgustado él por la intromisión del enano. Notaba, al el mal efecto que le producía, y se lo pagaba con un profundo desprecio. De pronto Lucrecia le propuso:

—¿Vamos a disputar una carrera?...

Pero al pasar, ¿eh?

—¿Una carrera al paso?... Buena...

¿Hasta dónde?

—Hasta la tranquera... El que corra pierde... ¡Bien! uno, dos, tres!

Y echaron a andar.

—¿Es un hombre!—pensaba Montalvo.

—¿Qué criatura más rara!

Estas reflexiones no le impedían tranquilarse como un glibo. Por lo demás, ella no le daba alce. A su lado, pegada a él, todavía tuvo ánimo para gritarle:

—¡Usted corral!...

—¡No!—respondió Diego.—¡Así es el verdadero paso gimnástico!

Llegaron iguales.

Se sentía fatigado. Por primera vez la veía animarse, rondas las mejillas por la agitación de la carrera, moviendo los brazos. Estaba seguro de que si le dirigía una ojeda expresiva, todo aquel fuego se iba a apagar al instante. Pero ella ya no lo miraba.

—¡Usted corral!... Si no yo le hubiera guiado...

La tenía de espalda, y los ojos verdes de Montalvo brillaron con fulgores de topacio. Por un momento pareció un yaguaré pronto a saltar sobre la presa. Se contruvo, jadeante. Se oprimió las dienes. Le llegaba en oleadas el perfume de su cuerpo, una mezcla de olor a piel y a resaca. Se le nublabla el pensamiento.

—¡Lucrecia!...—imploró con voz ahogada.

—No se haga el tonto!...—replicó ella.—Míre: le disputo una carrera hasta la entrada del monte... Pero corriendo, no al paso...

—Corra, yo la voy a seguir...

Partieron los dos, y él la dejó pasar adelante, para verla mejor en la carrera. La cabeza echada hacia atrás, con el ce-

(Pasa a la página 6)



El Renacimiento

El dramaturgo y novelista, DuBose Heyward
magistrales descripciones

Por H. BRIC



Este dibujo sintetiza los dos aspectos extremos dentro de los cuales gira la actividad psicológica del negro norteamericano: la súbita tristeza, y la repentina alegría. Y DuBose Heyward las sabido pintar una a una, con colorido inimitable, las notas de toda la gama psíquica de esa raza, que entra en tan considerable proporción, entre los pobladores del Nuevo Mundo.

“CUANDO pienso en todo lo que me ha acontecido en los cinco años transcurridos, intuitivamente presto oído como si sonara el timbre del despertador”, me decía DuBose Heyward el día anterior a su reciente partida en una gira por el Mediterráneo, con su esposa, quien a la vez es su colaboradora dramática. Ya se había habituado a reporteros y cámaras fotográficas en conexión con el anuncio de la selección de “Mamba's Daughters” por el Literary Guild—promocimiento penoso para quien es genuinamente modesto y más bien tímido.

Antes de que regresé a la apacible belleza de una nueva cabaña de campo en la montaña cerca de Hendersonville, en la Carolina del Norte, Heyward había visto su primera novela, “Porgy”, publicada en Francia, donde ya apareció por series en “La Revue Universelle”; habrá visto también “Mamba's Daughter” editada en Inglaterra, y más que todo, habrá presenciado el estreno de su drama “Porgy” en Londres, donde su éxito ha sido tan grande y ruidoso que los actores y el autor han sido llamados once repetidas veces a la escena, al final de la representación, según el cable lo dijo ayer, y la prensa entera, unánime, le ha batido palmas con entusiasmo que ha hecho eco al del desbordante público asistente, que ha considerado el drama de Heyward como la vivida expresión del alma de la raza negra.

Esos tres sucesos felices encajan perfectamente en la condición como de ensueño de aquella media década de que Heyward hablaba cuando aludía al reloj despertador. Su leyenda es un romance moderno, y si el autor no cree que está soñando es sólo porque, consciente de nacimiento, sabe que cosas curiosísimas suceden dentro o fuera de los libros. Precisamente hace cinco años que este joven sueño, que es hoy uno de los novelistas más destacados del día, vendió su negocio de seguros, en Charleston, y se dedicó a ganarse la vida escribiendo.

Uno o dos años después de terminar la Guerra Mundial, ya Heyward se iba de vacaciones de un negocio que, según sus propias palabras, le precipitaba en una vejez prematura, hacer poesía. Un año fue a MacDowell Colony, en New Hampshire, que dió techo a Julia

Peterkin y que otra vez albergó a Frances Newman, otras dos importantes figuras del Renacimiento literario del Sur.

En 1923 casó con Dorothy Hartzell Kuhn, su buen golpe de vista ocupación entre las alumnas de arte dramático del profesor Baker, y ambos abrazaron con decisión la carrera literaria. Por largo tiempo antes de esta determinación, Heyward había observado en las calles de Charleston a un negro impedido que vivía de limosna, arrastrándose en una carretilla tirada por un cabrito pestilente; y un día un vistazo de Samuel Smalley, ahora conocido por gran parte del mundo como Porgy, del modo singular como pequeñeces afectan nuestras vidas, le despertó el deseo de escribir sobre la adolorida existencia de los negros de Charleston.

No mucho después de la publicación de la novela, los Heywards fueron a Nueva York en una de sus breves visitas, y quedaron asombrados al oír que la metrópoli entera hablaba de “Porgy”. Apenas se había editado, cuando los revisores se hacían competencia en los superlativos. Siempre acordaré el recuerdo del autor y su compañera en un té ofrecido por Alan Reinhart, ambos anonadados por el repentino curso de los sucesos. Del té salimos juntos y fuimos a parar a un restaurante del barrio estudiantil.

Detrás del romance de esta repentina elevación en el mundo se halla la lucha, cansada, el arduo trabajo que el público olvida después que un autor, o cualquier otro artista, ha llegado. Nació Heyward en Charleston, de extracción colonial y revolucionaria, pero apareció en escena cuando sus padres habían perdido casi todo, menos su sangre azul. De niño quedó huérfano de padre; y una de sus primeras labores, cuando muchacho, fue la de contar bolas de algodón en los muelles, lo que le mantuvo en presencia de los trabajadores de la raza de color. Había conocido negros y le habían interesado en su observación siempre, por supuesto, pero este fue su primer contacto con la intimidad de sus vidas; sus canciones, alegres y tristes; sus amos de amor; sus riñas, tan a menudo terminadas en muertes súbitas, y la amplia riqueza de color bárbaro, implícita en sus existencias primitivas.

Así reunió el material que más tarde



Una de las feroces escenas de “Porgy”. El alma negra agitada, como sombras danzantes, sobre los cuerpos de las ciudades balbucientes entre bandos raciales europeos, apenas alcanza el negro a comprender.



de Una Raza

Heyward, gana celebridad con sus
temas del alma negra.

UELLE



En el estreno aparecen DuBose Heyward y su esposa, a la vez su gran colaboradora. Abade aparece dos escenas que dan una perfecta idea del ambiente en donde el autor estudió por sí mismo la vida negra, y recibió tentativamente las inspiraciones geniales con que construyó su gran obra, drama y gran novela.



Para la vida real había tem bien en la obra de Heyward, que las sutiles delicaditas de las mejores comedias modernas tienen en ella su lugar destacado. He aquí una de las escenas que de repente matizan la obra dándole caracteres de comedia deliciosa.

había de usar con tal simpatía y tal éxito. Ciertas fases de la vida entre los negros, con quienes viven en semejante contacto y no obstante están tan remotos, en realidad, son familiares a la mayor parte de los aurores. Ceremonias públicas, tales como renovaciones, juntas en el campo, paradas de las logias. Las últimas son espectáculos tan llenos de colorido y entretenimiento como los que mis en América hoy en día: rivalizan en su escala cromática y su esplendor general con las celebraciones del martes de carnaval en Nueva Orleans: las logias de color en Washington, D. C., desfilan en la avenida de Pennsylvania, el día más caluroso del verano, luciendo uniformes exactamente como los de los representantes extranjeros. Quien por primera vez mira aquel conjunto, con los ciudadanos de color dentro de cascadas flamantes de galones y entorchados, llevando al cinto espadines de deslumbrantes guarderías, y desafiando los rayos solares con los sombreros montados de plumas blancas de la más elevada categoría diplomática, piensa sin duda hallarse en presencia de los delegados de todas las monarquías y democracias africanas.

Cuando "Porgy" obtiene su primer triunfo, Heyward hacía una gira dando conferencias. Tanto en Nueva York como en otras ciudades se suponía que ningún hombre blanco podría escribir con tanta exactitud y conocimiento sobre los moradores de Catfish Row, y así se dijo que Heyward era un genio negro. Una vez al entrar en la sala de cierta universidad pocos minutos antes de dar su conferencia, leyó en el programa: "Tenemos gran placer al presentar esta noche a Mr. DuBose Heyward, quien es no sólo miembro de la colonia intelectual de Harlem, sino también un negro del Sur de la antigua tradición."

Oh un día que un amigo del Sur de él al saberlo: "Bueno, DuBose, ¿qué sintió usted con eso?"

"Muchísimo orgullo", fué su respuesta, con un guiño de sus inteligentes ojos pardos. "Si he acertado al dar a los caracteres de la vida del negro, en mis libros, la verosimilitud que puede esperarse de un miembro de la raza, siento altamente elogiado. Ud. sabe, por supuesto, que estoy firmemente convencido de que los grandes libros sobre la raza vendrán de dentro de ella misma. Pienso que los novelistas y poetas blancos estamos meramente rompiendo el terreno."

(2)

Una señora de Chicago escribió a Heyward, no hace mucho, que su club había estado discutiendo a "Porgy" y que para ella era casi evidente que el autor trataba de probar que cualquier intento de civilizar al negro resulta fútil.

Heyward mostróme la carta y dijo, con más calor de lo que podía esperarse de un caballero de su casa, tranquilo y gentil en su trato:

"¿Por qué, en nombre del cielo, debe el escritor tener 'motivos y mensajes' que otros quieran enviarte? Si he descubierto algo acerca del negro del Sur es simplemente que, a causa de ser todavía un primitivo, porque ha resistido el patrón americano y retenido la ingenuidad nativa en color y canto, es un sujeto más accesible para el arte que su convencionalizado prójimo blanco. Sobre esto he tratado de mostrarlo sencillamente y honradamente como yo lo veo. Esto es todo. No tengo motivo, excepto la esperanza vaga de aproximación, en una página impresa, de mi propio y particular ideal de belleza."

En alguna parte ha escrito, refiriéndose a su actitud respecto del negro,— si es que puede haber tal actitud,— que debido a su temprana asociación con los negros en los muelles de Charleston, aprendió a ver al primitivo negro, no como cómic de profecía, ni como objeto de caridad sentimental; sino un ser humano racialmente consistente de su personalidad, viviendo su destino al lado del blanco, guiado por un código que, aunque poco ha aceptado de las leyes del hombre blanco, representa una urgencia definida hacia arriba.

"Traté de comprender ese código y de interpretar sus acciones a la luz del mismo. ... Porgy no lleva propaganda. Lo que he querido hacer es iniciar al inadecuado negro para que salga al frente por sí mismo, no como ex-cábelo ni como cantor, sino como simple ser humano conteniendo con una civilización compleja, varias de cuyas facetas las acepta o rechaza."

Lo que Heyward dice arriba es la declaración de un credo literario que ha cumplido fielmente en su nueva novela, y le ha ganado ardiente amistad de parte de los dirigentes de la raza negra en América. "Porgy" ha encontrado tanto entusiasmo entre los críticos de dicha raza como entre los de la blanca.

(Viene de la página 3)

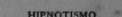
La estancia se detenía a orillas del mar. Un mar bravo, siempre rugiente y espumoso. Avanzaba la tierra, poblada de bosques y viñedos, de modo que al volver un recodo, inesperadamente, se descubría el mar. Era muy alta la costa, cortada a pico, formada por una aglomeración de grandes peñascos, donde se

—¿Qué temías?

—Nada.

Tornaba a ser de súbito la mujer fría y resuelta. El insinuó una caricia, pero ella le devolvió la cara. Quedó atraerla hacia su pecho y volver a tenerla estrechamente.

Por un segundo, al borde del abismo un último rayo de sol desprendió fulgore de su caja brúida... Y, como por arte diabólico, desapareció...



PARK PUBS. CO.
15 Beekman Street Nueva York, E. U. A.
Depto. H-185

Secretos Sexuales

Oferta Especial

----- ENVIE ESTE CUPON -----
EDUCATOR PRESS Dept. SC-111

titulado "Consejos Sanoa," cuyo precio normal es de \$4.00. Queda entendido que, si no me satisface, lo devolveré dentro de un término de 5 días contados desde la fecha en que lo reciba.

Uds. me reembolsarán mi dinero completo.

Nombre _____

Dirección _____

País _____

Sírvase escribir nombre y dirección muy clara.
CON LETRA DE MOLDE, para evitar errores
y demoras.

Divagaciones sobre un mismo tema

por LIANE DE RETZ



NO puede expresarse con simples frases la impresión creada por los últimos modelos de trajes de soirée entrevistados en los grandes salones de los costureros parisienses. Todos demuestran la importancia del atavío nocturno. El talle ceñido de Deuillet-Doucet, tanto como el peplo favorecido por Lanvin, la influencia 1880 presentada por Premet, los efectos plateados de Patou y las impresiones masculinas de Chanel, se combinan en un loco *impromptu* de elegancia donde la vista puede a duras penas reconocerse.

Algunos pretenden que las innovaciones ya citadas, no son propiamente de esta estación, pues los modelos príncesa lanzados por Jenny, por ejemplo, datan de una época anterior a la guerra, y los audaces escotes de las siluetas muy 1929 que suelen verse por doquiera tampoco

Estos cuatro modelos de trajes de soirée entrevistados en Cannes, muestran la tendencia del escote. Examinándolos de izquierda a derecha, tenemos un modelo de tul beige, con un moño de *moiré* bronceado de un lado. Luego viene un modelo de encaje negro con festones. El siguiente nos presenta un *strayante* traje de crepe georgette, también con un moño de tafetán. El último modelo se distingue por su larga cola, y el triángulo de rosas moradas de terciopelo en la cintura.

pueden llamarse estrictamente modernos, ya que el desnudo en el talle llegó casi a su máximo hace varias estaciones.

Si hemos de creer a los críticos, esta estación se distinguirá por la extrema fantasía y el ingenio empleado en la creación de esas nuevas modas, tal como puede verse en las siluetas que reproducimos en esta página. Vemos aquí que el escote por ejemplo, es general, pero también se ve que las faldas cuelgan muy largas

por atrás, mientras se presentan abreviadas en la parte delantera. El ancho moño que adorna el traje de tul esbozado a la izquierda y el recogido lucido por la silueta que se halla de frente no son muy nuevos. Los moños han estado de moda anteriormente, pero nunca habían alcanzado el tamaño de los actuales, que han dejado sorprendido a los menos conservadores.

La túnica flotante a la derecha, es de tul color carne adornado por tres

flores de terciopelo morado. Estas están dispuestas de manera a corresponder con las tres puntas de un triángulo. El uso de flores no es nuevo tampoco, pero la manera inesperada de emplearlas tanto como su inusitado tamaño sí dan una nota de novedad muy moderna.

Puede derivarse por lo tanto una conclusión, al observarse estos modelos. La moda actual no implica una marcada revolución en el arte de la indumentaria femenina. El péndulo que marcó desde el año pasado la vuelta a la feminidad en los trajes de *soirée*, sigue su curso, aumentando en importancia a medida que el mundo elegante se convence de que no es considerado de mal gusto ser mujer y lucir las mil artimañas, debilidades o artificios empleados por ella desde el principio de la creación.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS



La dulce esposa. — ¡Oye, Aquilino! He estado pensando en nuestra pequeña disputa de ayer. Y ahora calgo... Tú tenías razón.

MUJER MODERNA...



—Acaban de decirme que has roto tus relaciones con Pérez.
—Sí, ya me iba resultando molesto. Figúrate que quiso casarse.



LUCIDEZ

—¿Y no ha recordado en todo el día el conocimiento?
—El doctor: esta mañana dijo que usted no entendía de estas cosas, y se largó a tomar los alimentos.



—Muchas gracias por tu regalo, tío Jaime.
—Pero si no vale la pena, querida.
—Lo sé, no hace falta que me lo digas.

PUNTOS DE VISTA



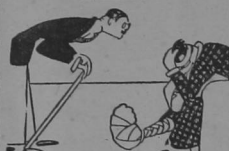
El.—¿Y si las cosas no marchan bien al principio, querida? Supongo que tu padre no querrá, venimos mori de hambre.
Ella.—No, querido; en vista empeora de día en día.

EFFECTO SEGURO



—Que raro todo... En cuanto empezó a tocar el piano, mi abuelito, que se acordó como una tapia, se llevó las manos a la cabeza.
—No te entiendo, hijita; hay operaciones que son una operación quirúrgica.

ENFERMEDADES



—¿Qué tienes?
—Un automóvil.



DEL MAL QUE UNO HUYE

—Aquí estará usted como en su casa, señor.
—¡Ah!... Entonces me voy... Había venido a este hotel para vivir tranquilo unos días.



UN GASTADOR

El.—Esta mañana me dijo una adivina, por cinco pesos, que dentro de poco me casaré.
Julita.—¡Pero cómo gastas la plata! Yo te hubiera dicho lo mismo de balde.



—Yo tengo diez dedos. ¿Y vos?
—¿Yo? Tengo las manos llenas.